



**Joaquín Márquez**

## **Antología poética**

El tren desnudo

El jarrón

El viajero recuerda  
que aquel jarrón azul que se hizo añicos no tuvo sangre.  
Cayó como una flor de lluvia, hasta que el suelo  
abrió sus gotas en añil, mostrando  
las desnudeces del vacío.

Breve

granada de color, y una estampida de ciegos saltamontes.  
Después silencio y barro  
en estrellas sin norte —igual que antes  
de que Dios nos tocara—. No resultó difícil  
congregar su pasmado firmamento.  
Cuando alguien, al barrer,  
se llevó aquellos trozos desahuciados  
sin que se descubriera  
el embrión de un grito, giró sobre el instante  
un tenue escalofrío; como el ala

de algún presentimiento.  
(Quién sabe si la prisa  
de aquel momento oscuro se llevó a la basura  
un hermanastro azul que no tuvimos).

### Regreso

Abre los ojos.  
Ya está de nuevo en casa  
Una hilera de besos  
hace guardia a la sombra del manzano  
y una sonrisa grande  
le ladra conociéndolo.  
En la tierra  
del jardín, donde antes florecían  
los ojos de los niños,  
aún le espera la última comunión del pequeño.  
Y el jarrón más azul que la desgracia  
está entero en el centro de la mesa,  
ofreciendo su vientre de payaso  
al aire.  
Todo sigue en su sitio.  
Pero el viajero no comprende.  
Trata de entrar. Abre la puerta.  
Y está saliendo siempre de su casa.

### Albergue para noctámbulos

#### Encuentro en la oscuridad

El canto matemático del grillo  
pone un reloj de ausencias en la estancia  
mientras la noche acorta la distancia  
recogiendo caminos en su ovillo.

Grita en la cesta el cráneo del membrillo  
desde la vanidad de su fragancia,  
sumando a mi ignorancia su ignorancia

con un rebuzno triste y amarillo.

No sé si el fruto o yo estamos despiertos,  
pero sé que lo miro y que me mira;  
Yorik los dos en tiempos diferentes.

Late en el grillo el pulso de los muertos  
cuando tomo el membrillo y —¿quién delira?—  
visto su calavera con mis dientes.

### Pescador

Llego cada mañana cuando acabo  
de recoger mis redes, .pongo el viejo  
pez-corazón-reloj tras su aparejo  
latiendo todavía. Luego, esclavo

de la costumbre, me desdoble; lavo  
mi imagen sobre el agua del espejo  
y un mítico naufragio borro y dejo  
correr por la riada del lavabo.

Piso firme la orilla. Me despido  
del silencioso pescador desnudo  
que se queda en las lindes del olvido

Y al sueño vertical que me delata  
amarro por el cuello con el nudo  
marinero sin mar de la corbata.

### La ducha

Hace calor. La ducha. Y apareces  
—desnuda claridad— como una espada.  
Y me dejas la carne traspasada

cuando a la lluvia, sin rubor, te ofreces.

El agua pone el río y tú los peces.  
Yo no sé qué poner. No pongo nada  
más que un corvo deseo; una mirada  
como un puñal que clavo muchas veces.

Y el agua cesa y se acrecienta el fuego  
cuando la piel recorres con cuidado  
agotando tu aseo y mi paciencia.

Y miras, y te ríes, y hablas: ¿Luego?  
No, luego no, mujer. Ahora el pecado,  
que ha sido mucha ya la penitencia.

## Etiquetas para pieles humanas

Joven desnuda ante el espejo

No salgas que hace frío.  
Deja a la noche donde está. Las fiestas  
son un engaño torpe por el que se acostumbran  
los cuerpos al cansancio. Quédate en ese aljibe  
ahora que eres tan joven, ahora que no hay madrastra  
capaz de conminarte a inclinar la sonrisa.  
No salgas que han dictado leyes contra la música  
de las ondulaciones, y cercenan gladiolos  
por todas las esquinas. Que han abierto el olvido  
y urgen, con agujeros, la piel de los zapatos.  
No salgas. No te asomes al balcón  
de ese traje de noche, o se te irán los pechos  
a cazar golondrinas por el país del mirto.  
Quédate en ese arroyo que se muerde la cola,  
que desemboca y nace para ti y tu desnudo.  
Deja sola a la noche columpiarse en su miedo.  
Deja a los bailarines que desangren sus tangos.  
Deja que el whisky archive su pena en los vencidos.  
Déjale libre el día a tu ángel de la guarda.  
Y sigue duplicándote para engañar al tiempo.

No salgas. No hagas caso de guiños fluorescentes.  
Agárrate a ese espejo. Sujétate con clavos.  
Si sales esta noche te morirás de prisa.  
Que ya están escondidas por todos los rincones  
las ancianas que vienen a mustiar los espejos.

Etiqueta para una desconocida que bosteza

El tedio es un aviso. Los ojos tan oscuros  
le dicen a la muerte que hay dos puntos y aparte,  
y que, aunque luego siga,  
la vida se detiene ahora, en este momento.  
(El aire halló un estuche donde esconder sus joyas  
para escaparse luego, a lomos de un suspiro).  
Habla un idioma triste que no es inglés, ni tiene  
parecido con otro que sepan las ardillas, las águilas reales,  
los cazabombarderos, si acaso los arcángeles  
cuando andan de amoríos, o el vientre de la tórtola  
cuando empolla capullos rellenos de guitarra.  
Todavía no había amanecido la majestad del diente.  
Bostezó. Se hizo sueño. Y se perdió de pronto.  
Y de pronto aparece soleando el paisaje.  
Y habla con las primeras palabras que se encuentra.  
Y se toca los ojos por saber si volaron.  
Y ya todo en su sitio  
y en su lugar la muerte,  
me mira y se columpia despacio en mi sonrisa.

La lluvia traducida

Quien inventó el amor

Quien inventó el amor,  
creó desnudo el cuerpo  
y dio al tacto semillas precursoras.  
Imán  
para los ojos. Eva lo supo a tiempo;  
sólo puede ascender hasta los dioses  
lo que perece. Nuca hubiera

servido a la pasión un cuerpo eterno.

## Breve viaje al sueño

### I

Se muestra nebuloso —torpe niño de arena  
concebido en la playa—.  
Descubre otro dogal en otra dimensión.  
Dejadle. Que otros abran las puertas de las calles.  
Que nadie tome un trago de cerveza  
hasta saber si nacerá varón  
o tristeza de agua o vaso de alfarero.  
Ya no encuentra los ojos que tenía.  
¿Qué perro le ha comido la mirada?

### II

¿Es seguro que el sueño  
va a devolver un hombre?  
Se marchó confiado.  
No extrañó ese camino de cristales oscuros.  
La idea, blandamente, la carne, despaciosa,  
poco a poco alimentan  
claridad de otro espacio. Podría derrumbarse  
por una arquitectura vegetal,  
por un plinto de garras sucesivas.  
¿Un objeto es un sueño que no pudo volver?

### III

Abierta la ventana de lo imposible,  
una inquietud araña las hormigas  
de la mente.  
¿Podrá resistir otra noche  
esa fría oleada,  
lluvia de sensaciones insidiosas?  
Hay que esperar paciente,

como cada mañana, que los ojos  
vuelvan de nuevo a casa.

#### IV

Oscuro entró. Ahora gris,  
vuelve de un tiempo muerto  
—el corazón o pez viscoso, irremediable,  
se lo anuncia en el peso y en el fallo cardíaco—.  
Ya le tallan las manos. Ya le pintan los ojos.  
Ya preparan sus gestos para dejarlo al borde  
de aquel naufragio antiguo.  
Se despidió de la ciudad dormida  
donde reposa el traje —sin condecoraciones—  
que lo vistió de célula incolora.  
El asombro señala en los relojes  
su paso por la magia. Y vuelve.  
Pudo llegar por la línea del ángel,  
o por la más directa del gusano,  
o quedar en el tren gastado de la nada.  
Pero vuelve en el hombre.  
A toda prisa  
se arranca las ortigas de la noche  
para que, todavía, no le crezcan  
interminablemente.

#### Un zapato en el suelo entre el orden y el desorden

#### I

La mirada equivoca;  
risas por mueca, besos por carmín,  
fuego por luz.  
Un punto  
visto desde el batracio,  
sólo haría aumentar la confusión.  
Y seguimos buscando situaciones  
definitivas, cuando  
ni suelo, ni sillón, ni ropa,  
ni zapatos, ni muecas, ni recuerdos,

son más que alguna trampa  
en un tiempo, sentido, o mirador, distinto.

## II

Una flecha de luz le marca el rumbo  
a la mirada.  
Ropa  
y claridad ocupan el asiento.  
Tallado por la mano del ambiente,  
el momento se fija, ya infinito.  
Una pulsera puede  
transformar en su circo los elementos  
—sillón con ademanes  
de elefante dormido entre las cosas—.  
¿Se desordena el mar porque la tierra gira?  
Poco a poco, las luces van cubriendo objetivos  
hasta alcanzar los límites.  
Sobre un zapato olvidado en el suelo ¿quién diría  
que pudo alzarse el trono de un cadáver?

## III

Cerca de la ventana hay ropa.  
Una pulsera  
dio santidad al rostro del asiento.  
El caos tiene un orden en el instante.  
Abrigo  
que ya se ha desvestido de nosotros.  
Siguen recuerdos telefoneando —¿aquel zapato  
de Cenicienta se perdió en la magia?  
¿Quién desciende? ¿Quién sube?  
Al otro lado viven los murciélagos;  
si desnudas un pie, allí lo visten.  
Esta duda es vivir. Hay que agarrar  
la rama del instinto.

## IV

La ropa allí. Ventana  
diciéndonos sillón. Por el zapato



¿sabemos que hubo un pie? Al menos tuvo  
alguien su referencia. Todo va sobre un punto  
y aparte en el espacio.

El túnel se oscurece hasta hacernos perder  
el rumbo. Abrir los ojos es igual a cerrarlos;  
la duda maestra es de la ignorancia.

¿Decimos, fin? Ya estamos al principio.

V

Una flecha de luz

¿ocultará el camino a la mirada?

Llamad urgentemente a los periecos  
el mar se va a caer y no lo saben

¿Tienen allí

su verdadera sombra nuestros cuerpos?

¿Circulará también la sangre por la izquierda?

El zapato es ahora un puntapié de duda.

¿Cómo encontrar el orden entre tanta  
confusión y verdades tan distintas?

La aguja sobre la piedra

Puerta del perdón

Lllaman. ¿Quién va?

La sombra

ha posado sus dedos en el amplio

aldabón. Almohades

son los ecos que rizan las piedras y sostienen

tensas las bridas

del siglo XII, aquel terco y ruano.

Amigos son el bronce y el alerce

bajo el anillo que desposa al viento.

¿Quién va? ¿Quién va? La sombra;

un reverso de luz que hace medallas

y escribe y no repite

el nombre de Allah en vano.

Sombras, sombras.

Preguntas sin respuestas; dardos fríos  
contra la eternidad.  
También es ciego  
este alarife que reparte gloria  
y se sujeta al muro soportando  
la embestida del tiempo y sus achaques.  
No vencerá el cristiano. Esta batalla  
la ha perdido el rey santo contra Allah.

Virgen de los Reyes

Siglo XIII

Locos, pobres, tunantes,  
cornudos, sifilíticos, borrachos  
—la Virgen de los Reyes  
ya aparece en la puerta de Los Palos—,  
mudos, verdugos, viejos,  
mendigos, invidentes, maniáticos  
—la Virgen de los Reyes  
le deja al sol de agosto usar su manto—,  
enanos, drogadictos,  
negros, negreros, ricos, cojos, mancos  
—la Virgen de los Reyes  
lleva al hijo de Dios en su regazo—,  
tramposos, seducidas,  
violadores, violentos, desahuciados  
—la Virgen de los Reyes  
está enseñando a Dios a abrir los brazos—,  
herejes, prostitutas,  
blasfemos, judas, inclementes, sátiros  
—la Virgen de los Reyes  
tiene un hijo que sabe hacer milagros—,  
lesbianas, sodomitas,  
masoquistas, rufianes,  
asesinos, coléricos, ingratos  
—la Virgen de los Reyes  
va levantando un palomar de aplausos—,  
cojos, mudos, mendigos,  
viejos, pobres, borrachos,  
sordos, blasfemos, ricos,  
seducidas, enanos,  
herejes, prostitutas,  
lesbianas, locos, santos, santos, santos

—la Virgen de los Reyes  
vuelve a cruzar la puerta de Los Palos.

Matusalén

Enrique Alemán, 1483

La imagen del anciano en el cristal  
cumplió ya cerca de quinientos años  
y sigue delicada y transparente.  
¿Halló  
el maestro vidriero aquí la fórmula  
para la eterna juventud? Si fuera  
así, escogió un modelo bien probado.  
No en vano el patriarca  
fue centenario —cuentan— nueve veces.  
Pero si acaso el tiempo hubiera decidido  
la eternidad para esta imagen,  
no os dejéis engañar; sólo estaría  
mostrando eternamente, sobre un viejo  
reproducido en vidrio,  
la condición de todo lo creado  
que aún permanece: su  
fragilidad.

Llave

Sacristía Mayor

Según la tradición, ésta es la llave  
que el rey moro Axataf  
entregó al rey Fernando.  
El hierro aquí  
no es importante;  
nunca abrirá una puerta. Y, sin embargo,  
si esta llave no hubiera  
sido entregada en las reales manos  
de Fernando III, ahora las piedras

de la gran catedral serían otras  
y estas líneas, un hermoso dibujo  
como el que está en las guardas de esa llave.

### Inmaculada Concepción

«Piu vale la tua gamba che il mio San Cristoforo»

(M. P. de Alesio a L. de Vargas)

Mirad cómo la Virgen se levanta  
sobre el frondoso árbol genealógico  
que, en el Edén, fundaron con caricias  
nuestros primeros padres. Contemplad  
a los santos patriarcas componiendo  
sus ramas firmes,  
a Eva  
con el pecho desnudo —se presiente  
la leche tibia y fértil— junto al cuerpo  
musculoso de Adán.  
Pero prestad  
atención a esa pierna  
de Adán que Luis de Vargas modelara  
con la delicadeza  
de quien sabía adonde nos llevó.  
Ved que no está pintada en posición de fuga.  
Aparece en el cuadro  
para mostrar al mundo, sosteniendo  
el edificio de la fe y el arte,  
cómo pudo un pecado  
ser abuelo de tanta maravilla.

### Santiago en la batalla de Clavijo

Juan de Roelas, 1609

Una vez y otra vez alza la espada  
Santiago.

Las cabezas  
sarracenas, maduras de terror,  
ruedan bajo los pies de los caballos.  
El tajo ilustre aparta  
miembros, divide cuellos. Por la tierra,  
la sangre saca moldes a la herradura.  
El grito  
y el asombro conmueven las filas mahometanas.  
¿Quién es este demonio?  
Milagrosa es la escena. Respóndeles Allah.

Inmaculada con el retrato de Miguel Cid

Pacheco, 1620

Inmaculadas hay en este templo  
de estilos varios. Todas  
van sobre otras figuras apoyando  
su majestad. Algunas  
son de artistas anónimos; sus nombres  
pasto de olvido fueron. Otras llevan  
firmas egregias: Zurbarán,  
Murillo, Luis de Vargas...  
Pero hay una  
Inmaculada singular. En ella  
Miguel Cid —fue poeta, hoy desterrado  
de las antologías— aparece  
con sus versos camino de la gloria,  
adonde ya llegó por mano de Francisco  
Pacheco y con la Virgen de intercesora. Así  
cualquiera.

Adán y Eva

Duque Cornejo. Armario Sacristía Mayor

De una madera noble.  
Había árboles,

sin duda, en el Paraíso  
de tan buena madera como ésta,  
pero los dioses son  
caprichosos; todo lo hacen  
porque sí.  
Adán y Eva prevalecen  
sobre una puerta y son hermosos.  
Abrid, dioses, abrid. Probad de nuevo.

### Crucificado de marfil

Alonso Cano. Sacristía Mayor

Debió ser una historia de sangre —perseguido,  
la jauría detrás, el rastro denso,  
la inmensa vida, el corazón buscando  
un hueco, el barritar del miedo, la esperanza  
de escapar por la fuerza,  
el acre olor del hombre, la misión  
sagrada de un colmillo incomprendida.  
Nadie  
consultó su deseo.  
Fue  
pedestal de milagro, mas lo cierto  
es que debió morir como no quiso.  
Alguien una mañana o una tarde  
puso frente a sus ojos toda la muerte junta.  
Y ahora el crucificado  
que al mundo vino por salvar al hombre  
tallado en su marfil se muestra al mundo.

### Sacristía Mayor

Tras el cristal de la vitrina pueden  
verse tablas, arquetas, cálices, medallones,  
cruces y urnas, en oro, plata y piedras preciosas.  
Contienen las reliquias de: San Bartolomé,  
San Félix, Santa Bárbara,  
San Isidoro, San Leandro,  
San Tadeo, San Blas, San Pedro, San Lorenzo,

San Servando, San Agustín, Santiago  
el Menor, San Germán,  
San Laureano, Santa Rosalía,  
Santa Úrsula, San Agapito, San Teodoro,  
San Celestino, una  
de las once mil vírgenes y el brazo  
diestro del Papa San Clemente.  
Todo  
es parte del tesoro  
que se fue acumulando año tras año  
y que un mal día  
se ha de perder. El día en que una voz  
ordene la reunión de la ceniza.  
Si no ocurre un milagro.

#### Seises

Poniendo gracia en sus pies,  
con diez peones de lujo  
juega Dios al ajedrez.  
Hay alfiles y caballos  
en el tapiz que los seises  
van tejiéndole al espacio.  
El Rey está en todas partes.  
Y la Reina vigilando  
desde todos los altares.  
¿Quién va a ganarle este juego  
si es suyo el tablero y suyos  
son también los movimientos?  
(Al salir, nos vuelve a dar  
jaque mate con la torre  
que guarda su catedral).

#### Han llegado los bárbaros

Han llegado los bárbaros.  
El grito  
recorre la ciudad.  
Una corriente eléctrica sacude  
el espinazo de diez mil caballos, cuando Ataúlfo  
al frente de sus huestes se detiene  
ante las piedras que el verdín corea.

Suevos, alanos, vándalos, gente del Norte —todos  
de algún norte serán, pues todos hablan  
con voz de intensa lluvia—, van dejando  
aurigas y caballos, previo golpe  
de billete contado receloso,  
a la puerta. Desfilan,  
renqueantes algunos, tras el jefe  
que empuña un yes con filos y señala  
la cueva con su inri de cincuenta pesetas.  
Bonifaces  
muros dan acogida al gres de asombros  
con que adornan sus rostros. Y, despacio,  
la tierra conquistada ya penetran y apartan la penumbra  
condescendientes con el siglo XIII.  
She is the Virgen de los Reyes. Oh.  
She is the Concepción Inmaculada.  
Revoloteo —manos que comprueban en el bolso y suspiros  
de alivio. No forgotten la píldora—. This is  
the Custodia; trescientos  
kilogramos de plata nos contemplan. Here's Colón  
que fue y volvió cargado de tinieblas  
en su quinto viaje. Ah, San Fernando  
...quebrantó y destruyó a sus enemigos...  
No le temáis, infieles, que hoy descansa.  
Volvamos por la puerta de Los Palos.  
Si hay suerte, algún suicida  
ofrecerá su número excitante.  
Y los bárbaros salen deslumbrados por un sol de justicia  
que pone precio —en oro— a sus cabezas.

Luna en cuarto menguante

La torre ha vuelto al Islam  
hoy que media luna brilla  
sobre el viejo pedestal.

Noticia

En los cimientos  
de la que fue esplendor de cristiandad,  
antes de que viajáramos a lejanas estrellas  
y se helara por días el corazón del mundo



XLIII —hace un millón de lustros—  
se han encontrado restos.  
Aquel hombre  
que preparaba trampas hermosísimas  
para atrapar a Dios sin conseguirlo nunca,  
el mismo que aún debía soportar  
el lastre de su cuerpo, hoy nos ofrece  
una enternecedora herencia.  
Entre las piedras  
de la que fuera excelsa catedral  
en el viejo planeta, se han hallado  
restos que le pertenecían.  
Un sólido antebrazo —ha resistido el curso  
de átomos y milenios— se conserva; en él puede  
leerse todavía la inscripción  
de un nombre, de mujer posiblemente.  
Y era un hermoso nombre: MADEINUSA.

Todo mortal

Noticias de Abdelaziz

Alah, mira a este hombre que reza la oración  
del alba en la mezquita sevillana.  
Hijo de Muza el vencedor y esposo  
de la dulce Egilona (oh, viudedad, antes Rodrigo y hoy...).  
Mira cómo levanta hasta la frente su mano poderosa,  
cómo rinde los labios, que sorbieron placeres  
al nocturno yacer, sobre la piedra en homenaje a ti.  
Contéplalo, oh, Alah, que Ixbiliah  
madre es ya de este príncipe  
árabe enamorado. Y está a tus pies.  
Admira esa cabeza elegante y altiva,  
que, allá en Damasco, será el presente regio  
que reciba el califa Suleimán  
en tu nombre.

¿Quién podría acusarte?

Ay, doña Juana de Ponthieu, lozana  
hembra, de puntiagudas  
y repetidas cumbres, manifiestas  
bajo el cuidado arte de la seda.  
París  
te reconocería; talle  
santificado el tuyo por la mano  
del rey Fernando, muerto y enterrado.  
¿Quién podría acusarte  
de haber pecado —esbelto el mozo, tañedor  
de sutiles bordones, poco dado  
al incienso, rampante  
cachorrillo real sobre tu falda—?  
Alfonso  
décimo, hijastro  
también mas comedido, se entretiene  
con el verso. Y la luna que contempla es tan fría  
como el cadáver de tu esposo.  
Tú  
no tienes vocación para el martirio,  
ni naciste mujer para ser virgen, pues sabes  
que corrupta es tu carne y que mañana  
no admitirá contemplación sin lástima.  
¿Quién podría culparte  
de que ofrezcas tu cuerpo, ahora que puedes,  
a la veneración?

### Cerco de Granada

Corre el rumor igual que una serpiente,  
por un convento de clausura, corre  
y tropieza con pasos asustados,  
con gestos desmedidos, con revuelos  
de faldas.  
Federico,  
ese que era poeta y nos contaba  
cómo puede la sangre desmantelarse, dicen  
que ha muerto. Y era tan joven.  
Genio  
de la palabra, mágico destilador de imágenes.  
Y eso qué importa ahora, era tan joven.  
(Las huestes católicas ya entraron  
en la ciudad. Parece que Boadill  
se ha marchado llorando de Granada).

## Muerte de Veneno

El trece de diciembre  
de aquel mil ochocientos treinta y dos  
fue casi martes pues colofón se puso  
a las obras completas de los Siete  
Niños de Ecija.

Veneno,  
en hábito amarillo —como pócima  
para ojos inocentes— ascendía  
al cadalso; su nombre  
mortal sería de necesidad.

El pueblo  
arracimado frente a tal solsticio  
de invierno, condensaba  
la mirada en el rostro —el gualda sólo  
se pintaba en el lino, pues su cara  
era carbón de Sierra Morena.

Se contaba,  
con un siseo tembloroso,  
toda la hazañería del bandido. Aquel  
era el gran matador, felino agosto  
de la comarca.

Bajo  
la rápida presión del torniquete,  
el cuello se hizo talle de lirio consumado.  
Y un suspiro de alivio surcó la multitud  
para consuelo del verdugo.

Aquí  
se terminó la historia de Veneno,  
dijo el memo de siempre.

## Substancia fugitiva

Ha pasado

Ha pasado elegante, firme sobre sus piernas,  
con un ritmo de jaca tras las riendas del bolso.  
Morena como el alma  
del mazapán, viste de arco voltaico

y deja con sus huellas catedrales de chispas.  
Ha pasado, imantada la cintura, colgando  
su sonrisa en la tarde, sin que una sola sombra  
le consiguiera el sol componer en la acera.  
Qué importa que no hable, que no me ofrezca nada,  
si mueve y le maduran las manos en el aire  
y hasta mí llega el tacto.  
Ha pasado. Ha pasado  
como un tren sin viajeros,  
fantasmalmente hermosa, las luces encendidas.

### Cima de la Tour Eiffel

Debo ser muy estúpido;  
estoy al borde  
de la inmortalidad —sólo un pequeño  
p  
a  
s  
o— y no me decido.

### Encuentro

Ibas posiblemente a alguna cita;  
el pelo presuroso, los ojos ya llegados  
—¿cómo hubieras podido reconocerme?—. Al verte  
me sentí duplicada la memoria.  
Fueron cuatro estaciones de metro; las que miden  
Stalingrado y Chateau d'Eau —en el agua  
se me perdió tu imagen, como siempre—. Saliste  
de aquel vagón de metro sin mirarme  
y tus manos de música siguieron a tu lado  
como gemelas tontas.  
Comprendí que eras tú porque al instante  
reconocí tu ausencia. Pasó todo  
como en un mundo ajeno, como en el sueño de otro,  
pero qué me importaba. Tú, vestida  
de ti, sentada enfrente, en aquel metro de París estabas  
repitiendo la historia. Si no me conociste  
fue porque eras muy joven para aquellos recuerdos.

## Aeropuerto de Orly

Llegabas coronada de presagios  
hermosos, bendecida de tarde. Y allí, en medio  
de aquel salón, cargada de un maletín y de los ojos,  
iniciabas la cuenta atrás de los abrazos.  
Venir despacio a mí, fue tu triunfo;  
después pude partirme la cintura.  
No sé si el maletín, pero tus ojos  
los llevé yo. Ese luto  
aún me viste de insomnio por las noches.  
Aeropuerto de Orly. Mil novecientos  
ochenta. Enero. El día importa poco;  
no tuvo muchos días ese año.

## Sacré Coeur

Nos arañaba el pecho una guitarra,  
allá, en aquella cima.  
Eran las seis  
de la mañana en Sacré Coeur. París,  
tendido a nuestros pies, llegó devuelto  
por tus ojos de dóberman; sus luces  
me miraban.  
Herido  
por aquella sonora cimitarra,  
contigo al lado, contemplé las piedras  
que a eternidad llamaban inútilmente. Nadie  
quiso abrirnos las puertas.  
Era el séptimo día  
de tu estancia en París; Dios descansaba.

## Cave du Cardinal Paf

Las llamas se burlaron de nosotros  
desde los férreos candelabros. Cave  
del siglo XVI; mucho era  
el alcohol y era mucha la pasión contenida  
(estuvimos a punto de hacer arder París).

Anciana cave, donde se detenía el tiempo, a veces,  
y nunca el vino, donde fuimos incienso conducido, lúpulo  
del tacto, extremaunción constante.

Gestos,  
caricias y palabras,  
se hundieron en las sombras movedizas,  
se nos mezclaron con el polvo antiguo,  
y hoy celebran también su cuarto centenario.  
Cave del siglo XVI, donde nada  
nos podrá conmover, donde seremos  
el frío de otras voces, la evidente  
indiferencia, el paso de la cera que ardió.  
Consumida emoción que he pretendido  
resucitar aquí, sin recordar  
que aquella noche arrojamos la llave  
de la locura al Sena.

### Place Pigalle

Aquí, donde desvisten sus cuerpos las muchachas,  
he venido a llorar hoy, muy temprano.  
Es una forma de decirte adiós  
y buscar un consuelo en los desnudos  
que nunca amé.  
Ya pasan. Van con su maletín  
de baratijas mínimas y urgentes,  
como quien va a la plaza con su cesta.  
Pasan y me sonríen. Echan un anticipo  
en mi gorra de pobre; una sonrisa con sedal. Y tiran,  
suavemente al principio, luego con  
toda su fuerza, que no es mucha.  
Tengo  
dolorida la boca, porque nada me dicen  
sus cuerpos presurosos. Van pasando seguras,  
hoy todavía vírgenes  
—es tan difícil esa profecía del sexo—.  
Y vuelven por la esquina donde sigo esperando.  
Y no me dicen nada porque me ven dormido  
sobre las azaleas de tu carne marchita,  
más anciana que todas sobre el caballo loco  
de la distancia.  
Aquí donde desvisten  
sus cuerpos las muchachas, me quedo  
por si acaso también pasara tu cadáver  
y, al ir a desnudarlo, me hicieras una seña.  
Y aún nos quedara tiempo.

## Reloj

No espero nada y sin embargo miro  
el reloj;  
útil de envejecer que llevo puesto  
como una joya.

## Déjeuner sur l'herbe

¿Qué haces ahí desnuda sobre la hierba como  
una lámpara?  
No es de noche,  
ni entienden mis amigos de claridades. ¿Sueñas?  
Lo hubiera imaginado sin que tú lo dijeras. Ya sabes,  
últimamente sólo por el sueño  
coincidimos en sitios como éste.  
Entra a vestirte; deja caer alguna ropa  
sobre tu piel, pues pronto vamos a despertarnos  
y hará frío.

## Epílogo bajo un chaleco de punto

Ha pasado bastante tiempo, tanto  
como para que aquel eterno amor quedara  
reducido a cenizas. Y, de pronto, hoy —ya invierno—,  
gracias a tus hermosas y diligentes manos,  
compruebo que un calor de esa fecha  
sigue intacto en mi vida.

## Cristal de Bohemia

## LLEGABAS CON LA PRISA

de quien socorre a un niño.

De pronto aparecías por un roto de tarde,  
igual que si vinieras veinte veces de un golpe.

Y en mí te serenabas. Colgaduras  
conspiradoras (delicadas sedas  
compradas en bazares somnolientos)  
cercaban aquel íntimo jardín de las delicias.

Sobre una silla urgente  
tu vestido caía devanando la gracia.

Después llegaban pájaros de sombra  
a los almiares cálidos de las sábanas.

Cuerpo

a cuerpo, hasta la muerte —sin saberlo; tal vez,  
buscándola— luchábamos. Y heríamos,  
saboreando cada dentellada.

Héroes de una venganza consentida,  
fanáticos de aquella desmesurada religión, tomábamos  
cada debilidad como una fortaleza inexpugnable.

El estremecimiento de tus pleamares piernas infinitas  
y una jauría de agonías lentas  
anunciaban el doble suicidio consumado.

Después

alguien entre las sombras decretaba  
una resurrección que no entendíamos.

## ME OFRECÍAS TU CUERPO

como se ofrece pan a un pobre. Yo, temblando  
—siempre avaro de ti—,

lo tomaba y lo iba devorando a la sombra.

Y ahora no sé qué gesto fue más torpe.

Tal vez aquella dicha

murió entre mi avaricia y tu largueza.

## EL MAR

luchaba con tu risa.

Levantaba su verde escalinata

y mostraba tu rostro allá en lo alto,



medalla y contrapunto de la espuma. Después  
te dejaba venir hasta el abrazo, siempre  
con frío,  
como si se cobrara aquel paseo  
que te hacía reír con la tibieza  
de tu cuerpo reciente y me ofreciera  
—ya entonces— su memoria.

OH, MAGIA SIMPLE DE LAS COSAS.  
¿Recuerdas  
las velas que encendimos cuando el cuerpo  
también se consumía? Están aquí,  
oliendo todavía a carne por besar, a corazón  
desenterrado. ¿Aspiras el aire de aquel tiempo  
cuando te nombro? Pude haber sacado entonces  
un molde a tus caricias. Ahora vive  
esta dócil materia sus razones a oscuras.  
Y hace frío. La llama aún podría encenderse;  
de aquellos días nos sobró esta cera,  
¿o nos faltó esa vida?

Fe de erratas

En la agenda de Alfonsina Storni

32 27 18

24 60 31

19 40 27

33 16 54

35 14 23

(Ninguno era el amor)

El hilo oscuro

Es seguro que dieron esa orden  
(hay dudas sobre si fue el alcalde, o el jefe  
de policía, o el obispo  
de Orleans), pues había razones suficientes  
para el bando (blasfemo, asesino de clérigos,  
capitán de bandidos, gustador  
de ajenas propiedades, condenado  
al látigo, al destierro...). Era preciso  
dar cuenta a sus paisanos, mas lo extraño  
es que hasta cinco siglos después de aquellos hechos  
no surgieran carteles del tamaño de un hombre  
poblando las esquinas de la ciudad, y el texto  
es más extraño aún, dice: BALLADE  
DES FEMMES DE PARIS François Villon

Tras el último sueño

Igual que si acabara de tropezar, levanta su estatura,  
sacude el polvo que su piel excede  
y se apresta a saber quién lo convoca.  
Todo es de luz, mas no le han secundado  
sus anteojos; mira turbiamente  
el diamante purísimo en que el cielo  
y la tierra se aúnan. Por su nombre  
le llaman y él acude,  
aun extrañándole el lugar y el hecho  
de encontrarse desnudo, a la llamada.  
Benvenuto Cellini siente que toda su vida pasa  
por el revés borroso de sus ojos  
ante el ser de flamígera tizona  
que al corazón le apunta, mientras oye  
sólo el duro rigor de la sentencia.  
Por un instante —ya sin tiempo, eterno—  
parece que va a hablar, mas se detiene,  
mira al fulgor intenso que lo enfrenta  
y, dando un paso atrás, pone distancia  
entre él y el doble filo que su pecho  
señala, y grita con insensata decisión:  
¡Mi espada!

Coincidencias

Aunque Rimbaud escribió una temporada  
en el infierno y Rilke los sonetos a Orfeo  
aunque los dos fueron inquietos  
viajeros y algún tiempo  
gastaron al unísono aunque Rilke  
utilizó el francés en sus poemas  
no consta  
que se encontraran nunca sin embargo  
hoy yacen  
sobre la misma página de las enciclopedias  
y una palabra los separa  
rima.

#### Un sueño de Edgar Allan Poe

Edgar Allan Poe  
soñó que había muerto; asistía con cierta  
curiosidad a la incineración de su cadáver.  
Vio cómo sus cenizas se arrojaban al río Potomac.  
Dentro del mismo sueño, un gran salmón  
engulló aquella pasta gris que el río acercaba a la orilla.  
Hasta muchos meses más tarde,  
cuando invitado por su tío John  
almorzaba en el puerto y una espina  
de salmón estuvo a punto de ahogarlo,  
no vino a su memoria aquel extraño sueño.

#### La camisa

Cuelga en la percha igual que una bandera  
desahuciada; no hay aire  
dentro o fuera que mueva esta reliquia.  
Quieta como el fantasma de un armónium,  
a veces deja oír algún gemido. El miedo  
sigue escondido en ella (el mismo miedo  
que un día hizo temblar a Federico),  
mirando por los ojos transparentes  
de los seis Polifemos que la habitan  
a la altura del pecho.

## Competición apasionada

Se ha hecho un hondo silencio en el estadio.  
De la Cruz se santigua presto al vuelo,  
Garcilaso, tensada la ballesta  
del músculo, dispone el corazón. Quevedo  
palpa la pista de ceniza donde  
posa los pies —el frío  
ha empañado sus anteojos.  
Se oye  
—¡Preparados!— la voz  
de Larra  
unos segundos antes del disparo.

## Plantaciones de lúpulo

### La casa

Hoy te sentías solo y has querido  
volver de nuevo a casa,  
no a la fotografía ni a su museo de cera,  
sino a la casa donde tu madre debe estar  
preparando el lentísimo camino  
del aceite en el pan y los tazones  
de leche frente al alba.  
Y has llegado a la puerta y, de pronto, el dolor  
se te sube a la boca, porque todos los besos,  
con zumbido de avispas,  
te los da la memoria. Se ha disuelto  
aquel oro en un tiempo de mercurio, y la ausencia  
es el más trágico color. Caminas  
por la casa temblando; vas como un alma en pena,  
como un ladrón que no encuentra las joyas  
y lo revuelve todo. Y sabes que es preciso  
que insistas, que recorras  
la vieja casa hasta llegar al fondo;  
deben quedar las voces, el olor  
del espliego, la lumbre  
de un cigarrillo haciendo madrugada,  
una queja siquiera, pues todo hace un instante  
estaba ahí. Y caminas

con desesperación —¿quién va engañarte?  
Pero no encuentras nada, ni lo más evidente,  
ni un suspiro. Y te aterras, y quieres escaparte;  
corres por los pasillos, saltas por las ventanas,  
sacudes los espejos, pero eres un ladrón  
que no encuentra la puerta para salir del sueño,  
un ladrón inocente al que han desvalijado.

### Jardines de Murillo

Aquí, en estos jardines, me sorprendió el desastre;  
aún sigue la montura de cartón asustada  
y conserva el fotógrafo luces de aquella tarde.  
Las flores no recuerdan aunque andan de puntillas  
todavía y columpian disparos en el aire  
junto a la cadavérica tez de los fusilados.  
Son los mismos jardines donde buscó mi padre  
su sombra compañera; de esa otra guerra tengo  
una herida que nadie ha podido curarme.  
El álbum de familia me contó algunas cosas  
pero las más terribles me las contó la sangre.  
Algunas veces sueño que vuelve aquella guerra  
y corro entre las flores. La mano de mi madre  
me conduce segura camino de la casa,  
tan segura me lleva que temo despertarme.  
Aquí, en estos jardines, me sorprendió la vida  
mientras la muerte andaba descalza por las calles.  
En los muros cercanos, donde hoy trepa la yedra,  
tocaban los fusiles un solo interminable,  
y los hombres caían con música en el pecho;  
algunos corazones aún se ven en los árboles.  
Aquí, en estos jardines, se refugiaba un niño;  
él fue de los primeros que cayó en el combate.

### Misioneros

Llegaban  
cargados con sus fuegos, trompetas y altavoces,  
como barcos de velas enlutadas.  
Y el espacio incendiaban frente al ajusticiado  
en la cruz. Por un beso el infierno.  
Y los huesos de Bécquer temblaban en su tumba.

Me empuja dulcemente la mano de mi madre  
—oigo un rumor: sus alas  
arcangélicas— hasta el reclinatorio,  
ante aquella señora bondadosa en su trono  
sin que atreva mis ojos con tanta majestad.  
Rejas y rejas guardan misteriosos leones;  
sólo el rugido suena desde las catacumbas,  
mientras santos y mártires se reparten los vanos  
del altar y del lienzo. A través del cristal,  
como una primavera de sangre contra el surco,  
brilla la tierra prometida. Duerme el alabastro,  
se consumen los cirios.  
No encontrando enemigo  
las voces palidecen. Hilando ausencia y piedra  
consumen las orugas unas briznas de gloria.  
Nadie arriba. Los ángeles se cuelgan inseguros  
de sus pesadas alas y anochece de prisa  
mientras el aire tiembla con un brillo de espadas.  
La eternidad comulga sobre el reloj parado.  
Y salgo del pulmón ajeno que me oprime  
a respirar conmigo, buscando el resplandor  
de las calles desiertas, dejando solo al hombre  
que teje mariposas en un rincón oscuro  
girando sobre su eje como un planeta ebrio.  
No, no haré penitencia; no la haré hasta que sepa  
adónde va la fuerza de los que mueren jóvenes.  
Y aún camino con miedo a que pueda caerme  
un rayo en la cabeza. Dejo sola a mi madre  
con su índice en los labios, con su velo de fiesta,  
arrodillada humilde, cierta de hacer diana  
con su rezo, entre monjas, como un débil jilguero  
rodeado de albatros, vigilándome ya  
desde el próximo vuelo.  
Llegaban misioneros  
cargados de altavoces, con sus fuegos terribles,  
con sus ojos pesados, con sus manos movidas,  
como hachas de abordaje.  
Procesiones de niños temblorosos mirábamos  
aquel infierno próximo, aquella lluvia de astas.  
Y el cielo estaba siempre donde estaba mi madre.

Una fecha en la agenda

Siempre es invierno en el recuerdo.

Acaso

una antigua sonrisa que apenas da calor

a la estancia, suaviza sus rigores,  
mas hoy no aparece su irónico visaje.  
Y ya no importa si fue mayo; ahora  
duerme aquel tiempo envuelto en su perfume  
o cámara sellada del instante  
como un indiferente faraón.

En mi agenda  
está escrita la fecha como la última cifra  
de un epitafio; torpe  
anotación que nunca resucita  
ni el color de sus ojos ni su voz de melaza.  
Aún aguantarán firme la espadaña  
del convento cercano,  
y la torre, y el cielo. Y puede que  
existan su vestido y los zapatos  
que llevaba. La cinta  
con que anudaba sus cabellos debe  
continuar allí, junto al macizo  
de azaleas, cumpliendo  
con sus deberes de serpiente.

Siguen  
las cosas en su sitio, no se alteran  
por una herida, a menos que haya sangre,  
ni se dejan vencer por un adiós.  
(El recuerdo debió ser un ensayo  
juvenil; un anciano jamás prescindiría  
de las tres dimensiones).

En mi agenda  
está aquel día, inútil para otra primavera,  
como la última cifra de un teléfono  
que nadie marcará.

## Retrato de mujer

### I

Hoy me resultaría  
fácil reconocerla por aquellos  
ojos que el fuego volvía inhabitables,  
donde el crimen se levantaba estatuas,  
o por su paso elástico de domadora en celo.  
Pero la juventud  
tiene limitaciones por encima  
de la cintura, y era

tan hermoso ofrecerle el sacrificio  
de las alas.  
Su cuerpo era una larga calle  
dedicada a mi frente, y ardí en aquella calle  
con mi mejor suicidio.  
Un murmullo de prendas  
interiores y risas apagadas  
eran el rezo, el himno  
que se elevaba al sol. Aún no comprendo  
la indiferencia de los astros, fríos  
en sus jaulas de oro  
mientras el campanario de mi pecho llamaba  
a rebato y ruina.  
Extraño caso  
aquel; cómo explicarse  
mi avaricia cuando ella no lucía  
más joya que su cuerpo  
desnudo. Es cierto que pagó  
bordándome las sábanas  
con sus saltos lascivos  
e invernando en mi carne ataviada  
de relámpagos.  
Sobre  
la mesa, donde iba su palabra  
mezclándose al sabor de la fruta mordida,  
aún conservo la cesta de guardar corazones,  
y está vacía.  
Quise  
buscar su más allá, quise la frente  
más alta de su frente, la palabra  
de su palabra, el polen  
de luna candeal que me dejara  
enjoyada la piel de eternidad. Bendita  
inocencia: ignoraba  
cuánto trabajo da luego el olvido.

## II

El cielo es un desván de marchas fúnebres.  
Arriba, en lo más alto de los límites,  
están las alas de los que ascendieron.  
Y ella se acerca en la canción del óxido  
y en el temblor de los cipreses. Ella  
que llenaba de fiesta los espacios  
y daba forma al mundo del silencio  
cuando miraba al frente. Dónde están  
aquellas tibias manos que, cerradas,



eran dos corazones asustados  
y, abiertas, le robaban a la luz  
las diez constelaciones de la gracia,  
cuando las perlas daban sus burbujas  
a los redondos mares del champán  
y en el breve mantel nos defendían  
de las sombras mil lunas infantiles.  
¿Dónde quedamos muerto?  
¿Quién nos conoce ahora sin que un nombre  
identifique al tacto aquella piel  
que ampliaba la sonrisa?  
Hoy viste mis sentidos de luto con su abrazo  
desheredado, hermana de la lluvia.  
¿Y fue el pecho un altar donde la hostia  
de la emoción temblaba entre las manos?  
¿Con qué voz? ¿En qué plata sucesiva  
grabar la invocación? ¿Qué maleficio  
conjurar si los dioses desertaron?  
Qué próximo el infierno cuando se mira atrás.

### III

Tú eras para sentirte, para andarte  
como un sendero de impacientes pájaros,  
no para reclamarle a tus raíces  
una verdad sin flores. Fuegos fatuos,  
espejos criminales donde el aire  
nos fue difuminando (no es la muerte,  
sino la decadencia, lo más triste).  
Ni siquiera aprendimos a ponerle  
cadenas a aquel tiempo, y ya es recuerdo,  
es decir, nada. ¿Nada? Un golpe bajo  
al que la suerte ha vuelto indiferencia  
pues pudo hacerlo odio. Nada nuestro  
queda de lo vivido. Y no es posible,  
nos dice la razón, esa ramera  
que se acuesta con todos los que sufren  
por motivos tan nimios.  
Son los dioses hostiles  
a que los palpen sobre un cuerpo. Acaso  
nos debimos quedar allí prendidos,  
como dos mariposas traspasadas  
por el mismo alfiler, tentando al cielo  
a castigar de nuevo, a repetirnos.

Hablo de tres amigos y un poeta de mármol

«Suceden cosas muy quietas»

(A. Fernández Cotta)

Hablo de tres amigos y de una larga tarde.  
La ciudad era entonces más alegre; los años  
duraban mucho, y poco duraba la tristeza.  
Hoy puedo ver partículas de esas horas vividas  
en el calidoscopio de la memoria; gestos  
como breves relámpagos, palabras  
entrecortadas, pasos que se traga la niebla  
como al día siguiente de una gran borrachera.  
Y no bebimos tanto, al menos no bebimos  
como si acompañáramos a un condenado a muerte.  
Hablo de tres amigos y de una larga tarde  
propicia a la locura, donde eran los caminos  
herencia del azar (pasó junto a nosotros  
una mujer con música, el mundo en la cintura,  
sin que se deshojaran sus pestañas de seda).  
Las copas de champán nos midieron las horas  
con alas de clepsidra y no lo comprendíamos.  
Hablo de tres amigos, y un poeta de mármol,  
profanando el jardín donde el cortometraje  
de un suspiro extendía su desmayo a la piedra.  
Enfrente el árbol daba su sombra como un fruto,  
descifrando en silencio la entraña de los pájaros.  
Para saber la edad de un hombre también hay  
que derribarlo.  
Miro  
por la rendija del recuerdo, acudo  
a los mismos lugares, desentierro  
una sonrisa de metal, un ánfora  
que ya no se cimbreo, una moneda  
con fecha. Son los únicos vestigios  
de aquella raza alegre,  
de aquellos pobladores.  
Hablo de dos amigos  
y de una larga noche.

## Retrato de amigo

«Ved la complicidad de las estatuas»

(José Luis Núñez)

Como los búhos miran; los muertos no preguntan.  
Quedan quietos de pronto, pierden el sol. Camino  
detrás de un ataúd más asombrado que triste.  
Cuéntame alguna cosa que me despierte.  
Suenan  
un corazón, o una campana acaso,  
como un tren que circula  
en todas direcciones. Voy andando  
detrás de un ataúd como quien duerme  
atravesando un bosque.  
La muerte de los otros  
siempre ocurre en domingo.  
Alguien me dicta un verso  
que no entiendo, aunque aguanto  
su sílaba en mi hombro.  
Escucho su palabra; su corazón escucho;  
sendero, primavera, mano, sollozo, niño.  
Voy mirando las cosas con los ojos de un muerto.  
Sobre el hombro sus trajes, sus libros, sus corbatas,  
sus confidencias llevo.  
Cuando voy a llorar  
me lo encuentro riéndose. Era sólo una broma;  
él viene y me saluda, me pone sobre el hombro  
(sobre el hombro) la mano, se ríe como un niño,  
me pregunta por éste, por aquél, por mi vida,  
y no sé qué decirle porque no me la encuentro.  
Voy con un ataúd corriendo por el campo.  
Debe ser una herida pequeña este dolor  
porque no sangra.  
El cielo se ha vuelto tan azul  
que temo una desgracia, pero todo está en orden.  
Bailan los pardos gorriones su minué descarado,  
las mariposas llevan de seda las entrañas,  
y en las enredaderas verdean los gemidos.  
Todo está en orden. Brillan los rostros sudorosos,  
el polvo apenas toca la piel de los zapatos,  
y los cipreses cuentan altas nocturnidades.  
Con sus ojos abiertos y amarillos contemplo  
lo que ocurre: un teatro. Es eso, era un teatro.  
Los aplausos se oirán dentro de unos momentos,  
cuando acabe esta escena. Y nos iremos juntos  
a tomar unas copas, mientras alguien nos cambia

deprisa el decorado.  
Por favor, quiten pronto ese ataúd de en medio.

### Clave de espumas

#### El pozo

Me asomo al pozo y puedo ver al niño  
que en el fondo quedara como un rey  
en su moneda. Brillan  
las antiguas pupilas acusándome  
de abandono, y la yedra pone cabellos largos  
a mis remordimientos.  
Como en un cuento amable  
donde ayer regresara, seríamos felices  
si él viniera conmigo o yo le diera al agua  
mi crecida presencia. Pero el pozo es muy hondo,  
son muy hondos los años, y la distancia ha escrito  
leyes inexorables.  
Hoy miro aquella imagen  
como un dios que ha reinado  
en la tierra y los cielos y no tiene  
más constancia del hecho que una vieja medalla.

#### Árbol talado

Sobre este árbol talado se levantó una cítara.  
Aquí el viento marino destrenzaba a las aves,  
y las aves saltaban del trapecio festivo  
de las ramas al viento. Y aquí, bajo esa cúpula  
móvil, iban mis manos conquistando, uno a uno,  
los botones de nácar de su blusa, las conchas  
que las playas calientes de sus pechos guardaban.  
En mis dedos febriles, la arena de su piel  
era toda la música (cerca el mar se ponía  
una rosa de sol sobre la cabellera  
derramada).  
Ya el tiempo de las flores ha huido,

y no está el viejo tronco, ni aquel paso de palio,  
ni ella bajo sus hojas, ni está aquel corazón  
que, a punta de navaja, tallamos. Y el recuerdo  
es sombra de una sombra que en mi memoria queda,  
cuando el sol ya no tiene la fuerza de un buen vino.  
De aquel tronco, ¿se habrán hecho guitarras?, ¿alguien  
talló un hermoso arcón donde aún guarda una niña  
su blusa roja? Tiemblo sabiendo que el amor  
engaña: la madera era buena también  
para el mango del hacha

### El pañuelo

El viento ha levantado la veda del recuerdo,  
y en el cordel que muestra  
un blanco relumbrón de prendas íntimas,  
han cazado mis ojos un pañuelo de encaje.  
Aunque he creído volver a hallar la mano  
que un día lo sostuvo contra mi sangre en danza  
sé bien que no es posible. También era imposible  
una historia de amor con tan escaso hilo.

### Libro de francés

Latió mi corazón por algún tiempo  
en francés —junto al libro  
que acabo de encontrar entre mis viejos  
papeles— por aquella profesora  
que ofrecía su pecho a la censura  
y, hurtándolo de mí, lo pregonaba  
tras el jersey aquel de mis pecados.  
Tiempo de vacas flacas  
y hembras huidizas donde yo era diestro  
tan sólo en conseguir por los escaparates  
un celemín de sexo imaginado  
—oh sueño de las prendas interiores  
inútilmente en su lugar descanso.  
Mientras por los quioscos, la hermosa Ana María  
y el Guerrero del Antifaz narraban  
la historia del amor más desdichado; nunca  
les dieron la ocasión ni envejecían.  
Todo formaba parte de una guerra tan nuestra

como el pan que faltaba cada día —es posible  
que esos frutos prohibidos me sostuvieran, y es  
de justicia que ahora  
reconozca la deuda.

Fui creciendo  
a la sombra esplendente de esos pechos, y supe  
de su cálido tacto y su dulzura  
a través de la lengua de Cyrano.  
Otro libro de texto más hermoso  
no he conocido nunca, ni más grato ejercicio.  
Aunque el torpe doctor le recetara  
inyecciones de calcio a mi melancolía.

### Alameda de Hércules

Teníamos la edad de la aventura  
y apenas si la del entendimiento.  
La casa olía a musgo y a ganado  
como la pila de un abrevadero.  
La mujer no tenía treinta años,  
ni cincuenta siquiera. En mis recuerdos  
está en la cama, inmóvil,  
como una ilustración del ochocientos.  
La casa olía a musgo y a ganado  
y la mujer olía a sufrimiento.  
El capitán que nos mandaba dijo:  
«Yo termino enseguida». Y fue el primero.  
Franco nos vigilaba desde un cuadro  
y la Virgen María desde el cielo  
que fingía el azul de las paredes.  
No estaba el mundo —no, Guillén— bien hecho.  
Uno a uno pasamos por su vientre  
como el sol por el vidrio, sin romperlo.  
La mujer no tenía treinta años  
ni los tuvo jamás. Quieta en el centro  
de aquella cama estaba como un buda  
que expusiera a la vista sus misterios.  
Uno a uno pasamos por sus muslos  
y nos fuimos vistiendo.  
La habitación olía a cimitarra  
y nuestras carnes a arrepentimiento.  
«Venid cuando queráis» —dijo al fin  
la mujer desnudándose del tedio—.  
Salimos de la casa, oh inocencia,  
sin saber que volvíamos de tu entierro.

## Noches de Kim Novak

La recuerdo sensual como ninguna. Era  
—yo pecador— un acto de contrición no verla.  
Parecía moverse —vientre de hurí, caderas  
de balandro— al compás de una invisible flauta,  
con vaivenes de cobra que a su faquir hubiera  
abandonado.

Ignoro si la pasión que despertaba en mí  
era amor, mas deseaba con furia las joyas  
gemelas de sus pechos, su boca dulcemente  
entreabierta, y sus muslos que soñaba apretados  
como un cepo.

Las noches en que fue mía están  
todavía en mi frente,  
como los dos estamos en aquella  
butaca azul. Que tantos compartieran  
conmigo su lascivia, qué importa. Cerró el cine  
hace tiempo sus puertas, y también  
aquella novia pálida y delgada  
que, sin saberlo, la dobló a mi lado,  
tantas veces, con manos inexpertas,  
tiene hoy marido, hijos, y un perro que le ladra  
a mi mala conciencia.

## Postal romana

Aquí estamos.  
Enfrente alza su maravilla  
de piedra el Coliseo. Nuestro abrazo  
y nuestra juventud piedra parecen  
de la misma cantera. ¿Cómo es  
posible tanto engaño,  
ciudad eterna?

## Amor

## Miras

los ojos de la divina.  
Besas  
la mano de la princesa.  
Abrazas  
a la ventera de la plaza.  
Ay, el amor  
también sigue las leyes de la evolución.

### Moscardón

Como un negro presagio  
por la ventana entra,  
musicalmente intacto  
con su ataúd a cuestas.

### Atardecer

Atardece.  
Color  
de rioja viejo tiene el horizonte.  
El recuerdo también es como un vino  
bebido en otra época  
y que te embriagó entonces;  
luego —ya lo sabías—  
el mal cuerpo y las náuseas.

### Libro de familia

#### Padre nuestro

Ha venido hasta ti como un albatros  
que arrastrara las alas,  
sin fuerzas ya para elevar su cuerpo  
de gigante.  
Y lo ayudas a llegar a la mesa,



y le pones delante ese vaso de vino  
que es todo su calor y su única familia.  
Y él bebe lentamente abrazado al bastón  
como a una cruz de guía, súbdito de un mutismo  
que le endurece el rostro.  
Tratas de acompañarlo  
con palabras amigas,  
palabras que conoce y lo conocen,  
mas escucha pasar esos trenes, impávido,  
como si ya hace mucho  
los diera por perdidos. Como cargas  
de profundidad caen  
aquellos nombres que lo fueron todo,  
en su memoria; estallan  
tan hondamente que, en la superficie,  
apenas si recoges los fragmentos.  
La hostil orografía de su cara  
busca la claridad a tientas, y sus hombros,  
ayer de atlante, se derrumban  
con el peso levísimo  
de la luz que inaugura la mañana.  
Has pretendido hacerte presente en esos ojos  
donde tienen las nubes su constante hospedaje,  
pero acaba cerrándolos, y te encuentras perdido  
en el páramo trunco de un paisaje espantado.  
Con el temblor de tierra de sus manos  
se ha adentrado en un libro, mas lo arroja impaciente;  
esos libros que amó, hoy le ofrecen la nada.  
Así va caminando hacia la vieja casa,  
esa casa en ruinas hace ya muchos años,  
que él reconstruye en su memoria.  
Y abre  
la cerradura con un gesto rotundo  
—su experiencia le dice que no hay llave maestra  
como la obstinación—.  
Ha conseguido  
entrar, y te sonrío su dentadura falsa  
triumfalmente; la vida es tan hermosa  
cuando se llega a algo.  
Jamás sabrás qué prótesis le suple la esperanza.

Abuelo Rafael

El padre de tu padre era un anciano fuerte  
como un antiguo templo.  
Lo recuerdas así, macizo y alto,

tan pesadas las manos como fardos de plomo.  
Aún te parece verlo apuntalando  
su inmensa humanidad con un cayado;  
tú lo identificabas con la imagen  
de un Juan Bautista enorme, pese a que los rumores  
iban a contramano de cualquier santidad.  
El abuelo comía en la mesa del patio  
y no dejaba hueco para otros comensales;  
delante de él la jarra descomunal de vino,  
como el tronco de un árbol de topacio  
que iba talando trago a trago. Luego  
representaba allí su escena más dramática  
usando de acerico el corazón de los presentes.  
Tu madre le ponía en sus manos, más grandes  
con tan corto viático, la luz de unas monedas.  
Y él seguía su marcha, la pértiga al costado,  
como un tenaz lancero que al andar repitiera  
su posición de firme, dejando tal vacío  
que temblaban las calles.  
Tantas veces se había  
casado por entonces —siempre como Dios manda,  
es decir, enviudando— que a veces no sabías  
a qué abuela besabas.  
Con su muerte estrenaste entrada al cementerio,  
una increíble colección de manos,  
brazalete de luto y el orgullo cainita  
de haber salido indemne de entre los muertos. Hoy  
ignoras si te hubiera impresionado más  
mirar su último gesto  
o imaginarlo dentro de aquella caja negra  
que viajaba en los hombros creando un animal  
quimérico.  
Recuerdas con súbita ternura  
la sombra de aquel viejo que plantó su semilla  
de endriago en tu frente antes de que la sombra  
lo engullera de nuevo.

#### Abuela Luisa

Nadie te dijo nada, pero lo presentiste.  
El cuarto estaba oscuro,  
y el color de su cara era el de la ceniza;  
y a ceniza te supo el beso que le diste  
aferrado a la mano de tu madre.  
El rezo era una alfombra que cubría el hogar;  
con él se amortiguaban las palabras

y el alcohol que el abuelo consumía  
sin descansar, un vaso  
tras otro, como un breve oleaje  
que iba a desembocar a su garganta.  
El rostro del abuelo Miguel no estaba triste,  
quizá ni estaba allí; alguien labró en madera  
de palosanto al hombre que bebía impasible  
en su rincón, para que nadie echara  
su presencia de menos.  
Con su hábito morado  
y la sonrisa de alguien que tampoco era ella,  
la abuela parecía esperar que el abuelo  
dijera, esto se acaba, cuando la última gota  
cayera desde el cuello de la verde clepsidra  
que regía su mano.

### La misa

Es domingo, y tu madre  
no falta nunca a misa. Ella contempla  
desde el balcón la ermita blanca como una hostia,  
que el sol de la mañana convierte en almiar,  
mas sabe que sus piernas no dan para un camino  
tan largo, y se conforma con la misa portátil  
que hace a Dios personaje  
de la televisión. Su fe —lo sabes—  
no reclama otro premio que salvar al abuelo;  
si él es ateo, ella ganó hace mucho tiempo  
un lugar allá arriba donde caben los dos.  
Tú recuerdas ahora cuando la acompañabas  
a la gran catedral, y era la paz un bálsamo  
que ascendía a tu pecho, como las oraciones  
de sus labios subían —de eso estabas seguro—  
al oído de Dios.  
Aquellas bóvedas  
desmesuradas pesan todavía en tus hombros,  
pero no pesan tanto como el gesto  
de tu madre clavando las rodillas  
ante la Virgen mientras su mano te ayudaba  
a escribir en la frente  
el signo de la cruz.  
Cirios arriba,  
se colgaban los ángeles de sus pesadas alas  
escoltando a la imagen que, en sus brazos,  
sostenía aquel niño  
que tú reverenciabas, sin saber

cómo en alguien tan débil  
encontraba tu madre salvación.  
Nunca quisiste  
ver al rey San Fernando en su cuerpo incorrupto;  
antes que santo y rey,  
era un muerto.  
Cruzando la penumbra,  
te llevaba tu madre por las pálidas losas,  
y tú admirabas la policromía  
de la luz en las altas vidrieras, los pilares  
que soportaban las constelaciones  
de la piedra, y los santos  
pidiendo en las esquinas  
por el amor de Dios, como los pobres  
que te esperaban fuera.  
Y tú salías  
a la calle, y el aire te ungía los pulmones  
con óleos de azahar. Toda tu infancia  
está en un cantoral, hoy enterrado  
en alguno de aquellos sepulcros de la iglesia  
donde ahora tu madre te ha obligado a volver  
sin pretenderlo.  
Ignora  
que la has acompañado celebrando  
misa en las catacumbas  
de tu memoria.

### Jesús

Viste nacer a Cristo en aquel tiempo.  
Su rostro reclinado;  
como si contemplara con sorpresa  
su desnudo de alerce, te siguió  
durante muchas noches por el sueño.  
Admiraste sus brazos extendidos  
que abarcaban la estancia  
—antes de que los clavos lo fijaran  
a la cruz, aquel cuerpo tendido te dejó  
la sensación del ave presta al vuelo.  
Viste cómo surgieron poco a poco  
los delicados pies;  
las rodillas reunidas y elevadas  
como doble maqueta  
para un ejecutado proyecto de calvario;  
los dedos sorprendidos  
en sus manos abiertas; la serena

barba que sobre el pecho descansaba;  
y los ojos tan dulces como el fruto  
de la morera.  
Viste, hace ya muchos siglos,  
cómo el imaginero dio los últimos golpes  
de gubia  
para grabar su nombre en un costado,  
y abandonó el prodigio a su muerte y su suerte.  
Y Cristo nació allí. En la carpintería  
del abuelo Miguel  
asististe asombrado a la creación  
de aquel mundo hecho hombre. Y con tu abuelo  
Miguel te arrodillaste  
y rezaste con él —aún era tiempo  
de milagros—. Y un día, alguien que puso empeño  
en salir con el Cristo en procesión,  
dijo lleno de orgullo su levántate y anda.  
Pero el milagro aquel lleva por siempre  
la firma de tu tío Jesús, también llamado  
el hijo del carpintero.

### Café

Sólo olía a café en aquella estancia  
de voces apagadas y esquivos carraspeos,  
mientras algún sollozo dejaba oír su nota  
de fantasmal acordeón, y alguna  
lágrima columpiaba  
su indecisión funámbula en los ojos.  
Era la hora más pobre de la casa. Y tu madre  
preparaba café, aquel café con posos  
de llanto, menos negro que su pena.

### Por selva oscura

### Como el ciego

(Sì come cieco va dietro a sua guida)

## I

Como el ciego que busca  
una rosa guiado por el tacto,  
abro la puerta y me estremezco.  
Sé  
que intento despertar  
a seres que no son ya de este mundo  
—las puertas, como los libros, nunca  
dan a la misma historia—; y el amor  
tiene la piel pautada como el tigre? —imposible  
interpretar su música  
cuando ha pasado?—, y como el tigre, nunca  
se va sin devorarte el corazón.

## II

Parcos indicios. Débiles burbujas  
que estallan entre el aire  
y mi memoria, invocan las imágenes  
que debían volver y sólo reconstruyo  
de esquirlas que los hados  
seleccionan.  
Trasunto  
de aquel desconocido que me espera,  
entro con miedo en el provector espacio  
que a sí mismo se imita,  
y me sorprende su frescura añosa  
de flor artificial —junto al amor,  
todo ha cristalizado  
en sistemas inertes.  
A mi paso  
por el agua estancada,  
voy cosechando el fruto  
de la imaginación —sentimental  
y absurda salamandra.  
Y me sorprendo dentro de aquel tiempo  
atrapado en el cáliz de una flor  
carnívora —¿el recuerdo  
nace o estaba aquí como un gusano  
de seda tejiéndose a sí mismo?

### III

Sobre la ira del metal, su rostro  
de basilisco eleva  
una canción de moda.  
Y siento mi cabeza  
vacía como un árbol cuya copa  
agita el vendaval.  
De aquellas viejas brasas no ha quedado  
ningún calor; el que hoy experimento  
sólo es un sucedáneo.  
El estío no puede reproducir las garras  
del jaguar. Y la vida  
miro a mi alrededor —muchachas como  
los maniqués de un escaparate  
me contemplan sin sexo—  
con la extrañeza de alguien  
a quien acaban de trasplantar el corazón.

Por selva oscura

(Buiò d'inferno e di notte privata...)

### I

Una luz peregrina  
desempolva la barra  
del bar con su bayeta soleada,  
incendiando el alcohol  
y las manos —el hielo de los vasos  
brilla como los ojos  
del lince—, y ascuas nuevas  
procura al cigarrillo  
que enciendo para darme compañía.  
Un resto luminoso se reparte  
por el recinto en círculos concéntricos  
cuyo claror perfila algunos rostros

como sombras chinescas,  
mientras suena monótono  
el gorjeo del whisky.  
Dos fantasmas  
se entrelazan danzando sobre la pista, ajenos  
a la música, en manos de una música íntima;  
únicos habitantes de la tierra.  
Aseguran los sabios que el amor  
es un mero producto de la termodinámica.  
Qué buena explicación para el olvido.

V

Por tutear a mi extravía  
pido vino del año, de aquel año  
—cosecha del ochenta y dos—,  
y compruebo que el tiempo, el mismo tiempo  
que apagó un gran amor, crió un gran vino.

Mujer de negro

(che parve foco dietro ad alabastro)

I

La luz se ha vuelto intensa con la entrada  
de una hermosa mujer  
—quizás tan sólo joven ¿pero cuándo  
la juventud no ha sido hermosa?—,  
y sus piernas se muestran,  
al contraluz, desnudas.  
Ya por costumbre o por curiosidad,  
sosegado el deseo, admiro bajo  
la seda negra de su vestido de viuda —galas  
de luto que anticipan la pronta muerte de otro  
amor eterno— el rápido dibujo  
e imagino el goloso



milano que se oculta entre sus muslos.  
Y una mirada —oscura  
pedrería que no gastó en el sueño—  
pasa sobre mi rostro como la luz de un faro.  
¿Quién es esta doncella que desprende  
a su paso el perfume de los lacrimatorios?  
Yo, que nunca he creído en los milagros, dudo.  
¿Tienen los recuerdos su doble en el futuro?  
Como un sueño se repite el pasado;  
imposible apresarlos con los ojos abiertos.

## II

La mujer se ha sentado en el extremo  
del salón —mi memoria  
insiste en aplicarse a su designio  
de vieja celestina—, y de un bolso, que finge  
el charol de sus ojos, extrae una furtiva  
pitillera de nácar; que se abre  
como una ostra confiada. ¿Fuego?  
Pero ¿cómo emprender de nuevo ese camino  
que me llevó a la pira? Ingenua excusa:  
en el dudoso altar de lo posible,  
es imposible que triunfe un muerto.  
Y el mechero se enciende como un feliz diamante  
que ilumina sus manos.  
Replegada  
sobre su propia placidez, parece  
decidida a saltar muy dentro de ella misma.  
Mas se detiene alerta como un gato, y levanta  
un mano de uñas recortadas  
—tal vez para más daño,  
como las escopetas de los atracadores—.  
Y el camarero entiende el breve gesto:  
una mano en el aire  
siempre anuncia un naufragio.

Pobres desamparados

(Coi piè ristetti e con li occhi passai)

## I

La reclama el reloj; la tarde apenas  
moviliza sus sombras. La mirada  
de la mujer se junta con la mía  
en la pared, donde circula el tiempo  
como el mar por un ojo de buey. Y en sus labios  
—dulce botín que al delincuente aguarda—  
se mustia una sonrisa mientras el café agita  
su ancha cola de insomnio por el aire.  
Ella espera,  
está esperando a alguien. Y tiemblo imaginando  
dos cuerpos apareados bestialmente, como  
tanques en el fragor de la batalla.

Lo que dura un suspiro

(Ciò che non more e ciò che può morire)

## II

La mujer  
escruta pensativa  
los posos de su taza de café,  
como si allí estuviera  
leyendo su destino, acompañada  
en su presente soledad de autista,  
por algún aura amiga.  
Y se levanta,  
y consulta nuevamente el reloj  
con la ansiedad de quien consulta  
a un oráculo —en su camino deja,  
como las vírgenes de romería,  
olor a incienso y pólvora.  
Un instante tan sólo  
—lo que dura un suspiro

o un gran amor— me mira con sus ojos  
negros como la piedra de la Caaba.  
Y aún puedo  
demorarme en su cuerpo —qué armonía  
y qué eterno desquite si así fuera la muerte—,  
y gozarme en los muslos cincelados  
bajo la falda transparente, antes  
de que el tiempo —ese endriago  
egoísta que rapta lo que toca—  
la convierta en un nuevo  
mito.

### Lo vivo y lo soñado

(uno manendo in sé come davanti)

El camarero borra  
las huellas en la mesa del rincón  
mientras las manecillas del reloj perpetúan  
su infructuosa esgrima.  
Y a mí ya no me queda de aquel tiempo  
más que el sabor del vino  
que aún paladeo lentamente.  
Pago  
lo vivo y lo soñado con dos monedas turbias  
que sobre el viejo mostrador me miran  
como los ojos de un ajusticiado.

### Álbum de seres perdidos

#### Casa de citas

El reloj que el vestíbulo preside ha dado ya todas las horas; su rotunda esfera sólo repite un tiempo pasado. Aquellos que acudían a remediar el miedo con la probada pócima de la lujuria nunca imaginaron que las agujas de esta gran ruleta ya señalaban el final.  
Como libros abiertos donde el ojo columbra simetrías y blancos algoritmos, los camastros despliegan su inocente rebaño por las habitaciones de la casa y el cuerpo de los amantes agavillan. Nadie sabrá jamás su número;

sólo el aire recuerda a quienes desnudaron su lascivia en busca del maná prohibido, previo pago de unas monedas. Rostros que la luz atraviesa difícilmente; armeros donde descansan abatidos penes su pírrica victoria; y amapolas exhaustas que las sábanas en infantil terruño convertían. Las dulces odaliscas pulían su hermosura en los espejos, sin conocer que lirios y gusanos se apareaban en sus aguas. Nada sabían del endriago que, en silencioso parto, la belleza tullía con la asistencia del mercurio. Estampas descolgando de un azul perentorio sus arcángeles míseros; primavera —unas veces consumada y otras puesta a secar como un viejo quimono— que sería difícil deslindar del vacío. La casa huele a batalla dirimida, a coito desahuciado; y un cónclave de sombras dibuja en las paredes el escorzo de los desbravadores que el sol tomaron por asalto, ignorantes de que no existen brasas más arduas que el deseo para el olvido momentáneo de la muerte. Y adquiere cada rincón su dimensión exacta en las habitaciones de esta casa de citas donde objetos y rostros recomponen su imagen —cristalizando un aguerrido instante— para el aciago bodegón del tiempo.

### Culpable

Con la desagradable sensación del reo que su crimen desconoce se ha encontrado en la calle.

Nadie intentó detenerlo; incluso fueron sumamente amables, pues le ayudaron —sin demasiado éxito— a eliminar las huellas. Y ahora sigue sintiéndose acusado de un oscuro delito por ese sucio dedo, el mismo que dio fe del individuo —con evidente cara de culpable— que muestra su carné de identidad.

### Suicida frente al mar

Más allá de esa línea que corta el horizonte, en un mar legendario que se extiende poco antes de llegar al estrecho de Bab-el-Mandel, entre los grandes arrecifes de coral submarino, dicen que viven miles de hambrientos tiburones.

Qué perfecto final —y sublime emoción— bañarse en esas aguas algún día, hasta hacer realidad lo de mar Rojo.

### Retrato de Guzmán el Bueno

Cuentan los cricones y confirma un añejo privilegio real, que don Alonso Pérez de Guzmán —enjuiciado por la historia de España como El Bueno— recibió de su primo don Sancho las llaves de la villa de Sanlúcar de Barrameda, en pago a su lealtad y al gesto que le dio sobrenombre. Algunas veces es de admirar lo que hace el aire con el hierro de los

cuchillos.

Entierro de sor Candelaria  
A Manolo Vidal

Hoy se ha abierto el convento. Se oyen cantos con un rumor de manantial, y tras las rejas que el coro aíslan con su meridiano de orfebrería, brillan las tocas como lunas a la trémula luz de los cirios.  
Gira la tierra muy despacio ahora que la misa ha terminado, y sólo se escucha una campana como un gran corazón que late en lo alto de la torre. Una fuente mezcla en la miniatura del jardín los oros de la tarde mientras el ataúd llega hasta el nicho abierto en la pared como el nido de un ave. Y todo el cielo toma el color de un ala de libélula cuando Sor Candelaria la clausura abandona, por el mismo camino que el perfume del azahar que tiembla en los naranjos.

Tiburón

Este corsario de la mar que exhibe el triángulo divino como pendón, y esconde bajo el agua tranquila el cepo archidentado de sus mandíbulas, recuerda a ciertos críticos literarios.

La mulata

La mulata que vino de Colombia viste de añil y la conocen todos por la esmeralda que en su cuello luce y las caderas que maneja al son de una marimba que en el pecho guarda.  
Llegó de su país viajando por los aires, hechicera y urgente, con el carné vencido, la carne vencedora, y en la memoria ocultos los puntos cardinales.  
Le dijeron que Europa, y aterrizó en Europa con un morral de sueños y esperanzas, la pulpa de la caña de azúcar en su boca.  
Ya todos la conocen, con su vestido añil, su esmeralda, el azúcar de su boca y el son de la marimba en sus lentas caderas.  
Si a nadie ha dicho nunca qué ha sido de sus sueños, de su esperanza dice que la conserva entera en el mismo lugar que escondió la esmeralda al pasar la aduana por donde entró en Europa.

### Oración del arrepentido

Padre, perdóname. Era tu última voluntad, y no quise cumplirla. Fue tu largo sufrimiento mi culpa, y no por convicción, sino por miedo.

Hoy pienso que lo haría, pero es tarde.

Ahora lamentaré toda mi vida no haber sido acusado de homicidio.

### Bajo las cúpulas doradas

#### Pruebas

Un hombre en la ciudad  
de Uruk, hace unos cuatro  
milenios inventó  
la rueda; otro inventó  
la fundición de los metales;  
otro el barco; y aún otro  
la cerveza.

También  
hubo alguien que inventó  
la escritura.

No pueden  
negar su culpabilidad.

### Cabeza de rey acadio

(2.300 a.C.)

Esta cabeza hecha de bronce,  
retrato del monarca  
acadio Naram Sin, no tiene ojos.

Se dice que en sus cuencas  
se incrustaban dos piedras  
preciosas, y que fue  
la codicia el motivo  
de su ceguera.

Puede

que fuera así, mas no conviene  
olvidar que los reyes  
anteriores a Cristo conocían  
—gracias a su divina  
estirpe— el porvenir.

#### Puertas

En Berlín,  
muy cerca de la Ópera, en la Isla  
de los Museos, se halla  
el de Pérgamo; en él  
se conserva la prodigiosa puerta  
de Ishtar.  
Mas no espere un milagro;  
por esa puerta nunca  
llegará a Babilonia.

#### Poema de Enuma Elish

Si se observan  
atentamente estas tablillas  
de barro, se descubren  
los diferentes signos  
con que se relatava en otros tiempos  
la creación del cielo y de la tierra.  
Mas nada entenderíamos  
sin los sabios que han ido traduciendo  
a nuestro idioma esa escritura mixta  
de herida y pictograma.  
Por ellos conocemos  
que las tablillas cuentan cómo  
—al igual que al añoso manuscrito—  
nos crearon del barro, y que los dioses  
nos concibieron —como era  
de imaginar— para su beneficio.  
Pero, aun ignorando  
lo que explica el escrito  
de Enuma Elish, esos caracteres  
nos dicen que hubo un mundo  
habitado hace siglos, y que, al menos,  
había un hombre que soñaba. El resto

configura el misterio,  
es decir, el poema.

### Tocado

(2.500 a.C.)

Con la reina Shubad  
de Ur, dieron sepultura  
a cincuenta sirvientes y a sesenta  
y ocho sirvientas.  
A ellos  
los enterraron con  
sus cuchillos, y a ellas  
con sus mejores galas.  
Mas ni los hombres con sus armas,  
ni las mujeres con sus aderezos,  
detuvieron las manos que a la reina  
ultrajaron robando su tocado  
¿o vengaron su muerte  
—la suya propia— no  
defendiéndola?  
El caso  
es que —fuera impotencia  
o venganza— ese hermoso  
tocado de oro y entelequias hace  
años que es exhibido  
como un trofeo anticipado  
en la Universidad de Pensilvania.

### Puente de los suspiros

### Oriental

«A millares caían pétalos de azoteas y balcones.»

(M. M.)



En verano esta plaza  
de Santa Cruz ardía  
bajo los candelabros  
de limoneros y naranjos. Médula  
de agridulces callejas  
donde la luna modelaba el cuerpo  
adolescente del amor en fuga,  
mientras la cruz de hierro  
remataba su forja  
con la nocturnidad de los suspiros,  
y el azahar caía como nieve sonámbula.  
Desde el álgido azul tiembla el pasado,  
y en mis hombros se abate  
como un alud que todo  
lo sepulta.  
Cleptómanos  
de paisajes, transcurren orientales  
taimados, disimulan,  
cámara en ristre, su trabajo  
demoledor, y se disuelven  
en un quimérico horizonte.  
Alguna  
nube deshilachada  
puesta a secar sobre las azoteas,  
completa el decorado  
del lugar, y el sahumerio  
de otro tiempo, habitante  
letal de mi memoria,  
embalsama el cadáver de la plaza,  
donde —en traje de calle— Madam  
Butterflay se retrata  
bajo la cima de un volcán en flor.

Lección de amor en los jardines de Cristina

«...que engañan dulcemente la esperanza.»

(F. H.)

Magnifica los ojos, luego ahueca

la ancha sonrisa y mira dulcemente  
—la miel de ayer libando en el presente—  
recogida y feliz como una clueca.

Tiembla su cuerpo de princesa azteca  
bajo la ajada lumbre de poniente,  
y me atraviesa el pecho arteralmente  
cuando frunce sus labios de muñeca.

Segura ya del goce presentido,  
estipulado el posterior romance  
en la caliente intimidad del nido,

diseña un beso cálido y volátil  
mientras cierra los ojos, como en trance  
y se guarda el teléfono portátil.

#### Lecciones de historia

«...la historia colecciona pálidos nomeolvides.»

(M. B.)

En la primera clase me aprendí  
sus trenzas de memoria.  
Y atado a aquellas trenzas,  
amé a Helena de Troya,  
a Cleopatra, a Popea  
y a la misma Victoria  
de Samotracia —a ésta  
más fácilmente que a ninguna—. Todas  
llegaban con el rostro  
de aquella niña —la divina Aurora.  
De otros mil vacuos personajes  
nos explicaban oxidadas glorias,  
mientras el aula se inundaba  
de tibias luces y de arteras sombras.  
Qué me importaba a mí que Carlos V  
vaciará su clepsidra gota a gota,  
o que al Gran Capitán no lo ascendieran

a coronel, si no tenían novia.  
Mi lección repetida fue su cuello  
y, a veces, sus pestañas melancólicas.  
En clase no aprendí ya demasiado;  
aquella primavera aún no era historia.

#### Primera vez

Quiso el azar que se llamara Eva,  
mas no culpo al azar de que sus gestos,  
graves y comedidos, provocaran  
en mis cinco sentidos un incendio.  
Con la copa en la mano, distraída  
jugaba en la ruleta de su asiento,  
y sus rodillas fueron a enfrentárame  
con la resolución de un manifiesto.  
Yo contemplaba absorto aquel prodigio  
como un sabio a la orilla del misterio,  
y la mujer me sonrió despacio  
desde todas las cimas de su cuerpo.  
Luego aceptó mi torpe invitación  
y pidió otro coñac, deshecho el hielo,  
y me encontré girando dulcemente  
en el tiovivo de sus ojos negros.  
Si era la tentación, subí con ella  
sin recordar siquiera el Padrenuestro.  
Cuando bajé del carrusel, la noche  
se iba desenredando en los espejos,  
y ella cantaba pregonando al aire  
las manzanas mordidas de sus pechos.  
Ni fue un pecado original, ni Eva  
quiso cobrarme con remordimientos,  
que todavía, al recordar sus muslos,  
se me alegran los malos pensamientos.  
Me confesé porque era la costumbre  
y, he de reconocerlo, por el miedo  
a que fuera verdad lo que decían  
del infierno los curas del colegio.  
Mi limpieza de alma, por fortuna,  
no alcanzó a disolverme los recuerdos.

#### Puente de Triana

Frustrado Ulises, vengo  
al puente de Triana  
a mirar cómo el agua  
zarpa hacia ayer, sin otra embarcación  
para la travesía  
que la de mi memoria.  
Y el cactus del recuerdo con sus púas  
dolorosas, me apresa;  
consuelo al que me presto  
como quien martiriza  
su corazón con un puñal de oro.

### Trastevere

No supimos entonces  
que aquel barrio de Roma  
era tan sólo el negativo  
de un recuerdo —Trastevere,  
milagroso y nocturno,  
con su lujoso elenco de muchachas  
hermosas—. Y tampoco  
comprendimos que aquel mesón abierto  
hasta el amanecer, era una flor  
carnívora.  
En el aire  
se desmembraron risas y canciones.  
Y en la memoria fueron corrompiéndose  
los melodiosos cuerpos  
que aquella noche nos amaron; y hoy  
reclama más espacio que las férvidas  
mozas, la vieja que vendía  
avellanas con su ropón de luto —el vaticinio  
que nadie vislumbró.  
No quedó nada  
de quienes fuimos, nada.  
Y es inútil que trate  
de restaurar aquellos cuadros; nunca  
vuelve la juventud por sus difuntos.

Incursión nocturna por la orilla del Sena

Brilla París y el cielo se amamanta  
de frío antiguo y ánimas en pena.  
La sombra echa sus cartas por el Sena  
y, en Notre Dame, una campana canta.

La tour Eiffel, que cerca se levanta  
sobre una inundación de luna llena,  
sorprende a un Poseidón y a una sirena  
que hacen verano a bordo de una manta.

Es la hora del amor, y es primavera,  
mas frente a los devotos de Cupido  
llevo mi corazón como a un extraño.

Y al hotel vuelvo —donde no me espera  
nadie— por pont de l'Alma. He comprendido  
que el amor de los otros me hace daño.

A Paul Éluard

«J'ai vu les plus beaux yeux du monde.»

(P. É.)

Yo he visto florecer la primavera  
sobre tu cuerpo, allá en París. Llovía,  
mas en tu humilde fosa se encendía  
aquel rojo rosal como una hoguera.

Sin otra laude que la tierra entera,  
el jardín de tu pecho aún ofrecía  
rosas de sangre. ¿Qué milagro había  
hecho que tu abandono floreciera?

¿Acaso la mujer que conociste  
como «los ojos más bellos del mundo»  
sembró el pobre rincón donde reposas?

En un gesto de amor hermoso y triste,  
tal vez soñó tu corazón fecundo  
preso de las raíces de sus rosas.

### Acogida

No un niño; toda una familia  
acogimos en casa  
aquella madrugada.  
Ellos viajaban  
en un carro camino de quién sabe  
dónde. Y nos parecieron,  
más que tristes, la propia  
tristeza.  
Ella exhibía  
la nube de un vestido  
de novia; él con su terno  
nuevo se levantaba  
a su lado como un pilar que el cielo  
sostenía.  
Los hijos  
aparecieron luego con su pan  
bajo el brazo. Y crecieron.  
Jamás hemos sabido  
sus nombres.  
Conocimos  
que la madre cumplió  
setenta años, o quizás  
ochenta, cuando el padre  
tendría algunos más. Después sólo ellos  
saben lo que pasó. No recibimos  
nunca una carta, nada.  
Tampoco de los hijos  
conseguimos noticia  
alguna.  
Sus retratos,  
los que una madrugada  
de copas rescatamos  
del carro que viajaba al vertedero,  
sí nos escriben cada día —desde  
la tumba de cristal donde reposan—  
un telegrama de lo que es la vida.

## Regreso

Cual si Vermeer hubiera  
abierto una ventana  
en medio de la noche, pude verlo.  
Volvía de muy lejos,  
y llegaba cansado.  
Me acerqué  
a besarlo. En sus ojos  
reconocí una cierta  
angustia. Mas ninguno  
de los presentes quiso hablarme de ello.  
Sé que una muestra de cariño  
suele arreglar las cosas.  
Y así fue una vez más.  
Mi padre  
olvidó su cansancio y su tristeza,  
y me pasó la mano por el pelo  
sonriendo; su típica manera  
de agradecer mi gesto y de decirme  
que aún nos quería.  
Lástima  
que la vida no ofrezca casi nunca  
la convincente realidad del sueño.

## Pasión y muerte de Luis Rosales

«...una sierpe de arena por el rincón oscuro.»

(F. G. L.)

Abrió los brazos regalando el pecho,  
y sus ojos, tras el cristal, brillaron  
como dos mariposas  
azules.  
Frente a él, embozados,  
unos hombres movían racimos de fusiles  
y palabras soeces. La luna enjalbegaba  
el cuadro, y hubo un punto  
en que se hubiera dicho

que Goya intervenía en la composición  
de la escena, tan blanca relucía  
la camisa del inculpado.  
Luego  
los agresores, y el mismo Luis Rosales,  
estallaron de luz. Y todo quedó quieto  
—dibujado por cientos de bujías  
el momento.  
Caía como un roble talado  
el cuerpo del poeta, cuando los brazos de alguien  
que con la oscuridad se enmascaraba,  
frenaron la caída.  
Y en el silencio agudo de la noche  
se oyó una voz que dijo: Perdóname Luis.  
(En la casa del muerto, los niños perseguían  
una sierpe de arena por el rincón oscuro).

### La campana

A José Luis Núñez  
(Espartinas, 8 de mayo de 1980)

Cirias de sol están las cales; dan  
su inútil combustión a tu llegada.  
La primavera vino equivocada  
esta mañana ¿y no la detendrán?

Cristos de ti, nuestras espaldas van  
llevando tu sonrisa amortajada  
—es una larga luz envenenada  
la calle, y cada piedra un alacrán.

Bajo el azul brutal del medio día  
insiste en su mecánica elegía  
la campana, sin más pena ni afán

que dar por cierto el hecho consumado.  
(Espartinas, como un barco incendiado,  
se fue hundiendo contigo, capitán).



## Suicida en la Giralda

Del árbol de la fe, fruto sombrío,  
miró a mañana, y de esperanzas falto,  
meditó en la hermosura de aquel salto  
y nombró emperador a su albedrío.

Nunca se pudo imaginar tan alto,  
ni imaginó tan alto escalofrío;  
arriba un sol de oro, abajo el río  
como una larga sierpe de cobalto.

Quiso apurar la copa de la vida,  
y en una silenciosa despedida  
atravesó la luz de parte a parte.

Y puso colofón a su tristeza  
con el paso fugaz por la belleza,  
en la más radical obra de arte.

## Despedida

Presidía la mesa una botella  
de buen vino. Sentado  
enfrente, como el mago  
a quien sólo faltara un gesto último  
para desvanecerse ante mis ojos,  
Manuel Vidal bebía lentamente  
mientras la luz del día  
sobre su piel se desangraba.  
Él  
nunca fue partidario de las prisas  
en nada y, mucho menos,  
en el rito sagrado de beber  
con amigos. Y éste era  
el caso. La ocasión acompañaba,  
y el vino, ya lo he dicho, era un buen vino,

aunque no tanto como la hora  
requería —no existe  
ese vino capaz de acompañarnos  
en algunos momentos.  
Y bebimos  
despacio, sin que apenas  
una palabra interrumpiera  
la que sería nuestra última  
conversación.  
Después nos separamos  
—cada uno se fue,  
al menos de momento, por su lado.  
Hasta mañana, si Dios quiere, o  
pensándolo mejor, si Dios existe.

Dibujado en la nieve

Imagen

(El origen del mundo, de Courbet)

Cuervo feliz.  
Bebe en el río  
de la vida o descansa  
en su nido.  
Estación  
dichosa entre la nada  
y el caos.  
Vocalista  
de la sangre; eventual  
lazarillo.  
Se droga  
con la costumbre.  
Acoge  
el placer boquiabierto.

Uñas

Herramienta de tigres, emparentan  
el alarido y el amor.  
Se cumple  
en la piel su destino.  
Espalda abierta  
a la música; piano frente al lago  
de la lujuria.  
Extravagante fósil,  
desencadenador de la ternura.

Claudia

Claudia era salomónica de cuerpo,  
y de alma ingenua.  
Te graduaste de alfarero;  
quién rompía una obra tan perfecta.

Ángel

Existe.  
Tú podrías  
dar fe.  
En silencio; replegadas  
las alas; la cabeza  
principesca. Omniscientes  
e inocentes los ojos.  
El cabello  
descendiendo hasta el valle  
de la cintura como catarata  
de doblones.  
Semejante a una puesta  
de sol o a un sacrificio  
de sangre.  
Deslumbrante.  
Mas apenas llegó,  
se abrazó a un tipo sórdido  
y se fue.

De un corazón tallado

El amor guarda urnas  
en la corteza de los árboles.

Prehistóricos  
senderos que el sepelio  
arroparon.

Navaja  
que brilló al sol unos instantes,  
como los deudos que al entierro  
acudieron; aquellos que algún día  
fueron dioses, y lo han  
olvidado.

Las sombras permanecen  
como desamparados inquilinos  
que indagan en la luz  
de ayer sin encontrarse.

Sólo la noche alivia la ceguera  
de esos espectros vanos  
haciéndolos partícipes  
de su filme ecuménico.

En el tronco  
de aquel árbol fue el crimen, donde hoy  
hacen sus procesiones las hormigas.

Puesta de sol

Sostiene el sol su peso en la colina  
junto a la mar que estiba  
el oro de la luz.

Y las guedejas  
colman su alrededor  
de salmos irisados.

Quebradiza  
alocución frente a la dictadura  
regia.

Plata batida,  
el mar se va llenando  
de espadas  
mientras el horizonte se desangra.

El silencio se alía con el último  
rayo.

Y la claridad  
se tiende en la colina como un perro  
que poco a poco se confunde

con su sombra.

### Libro

Nocturno gavián.  
Nido de abejas  
y mieles.  
Ladronera  
sin fondo.  
Natural  
de Babel.

### Cañaveral

Las delgadas doncellas se abanicán  
con el perfume de los rododendros.  
Y el aire ceniciento rompe el muro  
que levanta la arena.  
Pura esencia  
para los ojos; plano dividido  
en miles de obras.  
Lejos  
silba un tren o su imagen.  
La memoria  
escoge entre otros cuadros  
La rendición de Breda.

### Envejecer

Sea por terapia o caridad, algunos  
dicen que envejecer tiene su encanto,  
mientras otros respaldan su negocio  
asegurando que la arruga es bella.  
Y sin embargo, bien sabido es  
que los años agostan lo que tocan,  
y que no existe arma tan terrible  
para congoja humana.  
Aunque, a veces, el tiempo tergiversa

sus efectos, al menos momentáneamente, mudando, por ejemplo, en clásicos los versos, y los vinos en generosos.

Hoy  
pudiste comprobar una vez más  
tan sibilino proceder;  
aquella hermosa niña  
que un día —hace ya siglos—  
te rechazó altanera,  
volvió hacia ti sus ojos con ternura.  
Mas no te engañas: sólo agradecía  
que aún fueras el guardián de su belleza.

### Raíces

Condenado a la tierra,  
tan sólo el sueño alude a un más allá  
verosímil.  
En tanto las raíces  
arrastran hacia el fondo,  
desamparando la fotografía  
y obligando a crecer al negativo  
en las sombras.  
Menesterosos seres  
que tierra adentro orientan  
sus pisadas, guiados por el hilo  
de una vaga esperanza.  
Ni siquiera las aves,  
que el cielo colonizan,  
se salvan: su raíces  
sembradas en los ojos  
del cazador.

### Ordenador

Se ha metido en tu casa.  
Y ya no hay forma  
de expulsarlo.  
Este ser  
fabricado de óxidos  
y metales innobles,

se ha metido en tu casa y adivinas  
que ya no saldrá nunca.  
Por si fuera  
poco, también sospechas  
que será este individuo  
desangelado quien encuentre  
a Dios.

### Lluvia

Tal vez sea triste, pero amas  
la lluvia y contemplar  
cómo desciende ese telón  
de flecos extenuados,  
esa frescura salvadora, esas  
manos exangües, derramándose  
sobre la tierra.

Niebla  
acurrucada que se despereza  
cayendo; compañera  
del frío; epitalamio  
para el viento y el agua.  
Cisne erguido que deja  
caer su frente silenciosa  
sobre tu hombro.

### Jarrón

Daltónicos  
son los colores que la luz  
enreda a veces.  
Este  
azaroso jarrón  
cuyo futuro en rosas  
vislumbró el alfarero, desvanece  
poco a poco su pátina.  
Una historia  
menos desamparada ofrecería  
si un desmedido gesto  
hubiera transformado  
en rápido estampido  
su arcilla,

mas la esquila  
de una fotografía en blanco y negro  
corroborra su humilde  
condición.  
Y ya nadie  
podrá alterar su sino.  
Un hermoso jarrón,  
en él cenizas.

### Réquiem

Auscultas esa cuerda  
o corazón tensado, que por dentro  
te ahorca,  
mientras el aire se alza  
en infinitos nudos minadores.  
Hermosa  
desolación vernácula  
que las esferas guardan  
en su memoria; fértil  
alcancía de huérfanos arpegios  
exaltadores del suspiro.  
Mozart  
edifica una música  
celestial que agasaja  
y penetra, contra natura,  
el alma.

### Adverbios de tiempo

Hay niños en las gradas  
del portal. Serafines  
de un instantáneo paraíso,  
miran de frente al mar  
sin prestar atención  
a sus murmuraciones,  
se ríen de la vida, es el mañana  
una continuación sin añagazas  
de hoy.  
Se les nota  
la impaciencia en los ojos,  
y el ímpetu en los brazos



que agitan preparándose  
para volar.  
La arena  
de la playa es un pródigo racimo  
de adolescentes que, entre gritos  
de alegría, saludan a la vida,  
bajo el instinto precursor del próximo  
placer.  
Ellas exhiben  
graciosos tatuajes como joyas  
en la cintura; ellos  
un bozo cultivado, y en las piernas  
un aguerrido vello  
sin cultivar. Mañana  
es un tálamo de oro,  
abierto el abanico de los goces.  
El día huele a fruta  
y a bronceador mordido.  
En el quiosco  
de prensa, una mujer  
madura sermonea  
a un tipo que, sentado en el pretil  
del paseo, contempla  
con ojos codiciosos a las chicas  
que avanzan con sus pechos al galope  
buscando el mar.  
Caminan  
dos viejos junto a ti,  
hablan de sus achaques  
y manosean el aire como ahogados  
en ciernes, con palabras  
que, en ellos, suenan a extranjeras  
—colesterol... glucemia... triglicéridos...—.  
Bajo sus gorras de labriegos,  
los rostros renegridos  
y una bestia en acecho más oscura  
que su piel.  
Y te miras  
dentro. No falta nadie;  
ninguno de ellos, ni siquiera  
ese animal oscuro.  
Y todo ocurre  
a un tiempo, el mismo tiempo,  
ese que ayer pensaste sucesivo.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

